

ACCIDENTE CON EL HELICÓPTERO SEA LYNX



Los pilotos de los Sea Lynx cumplíamos doce horas de guardia permanente. Nos turnábamos entre las dos tripulaciones para mantener el helicóptero operativo las 24hs del día.

Algunos minutos antes de pasar la guardia, nos informan que debíamos despejar la cubierta de vuelo porque el otro helicóptero, con el Comandante de División Capitán de Navío Julio Chaluleu venía hacia nuestro buque. Era más rápido poner en marcha y salir que toda la maniobra de hangaraje. En lugar de aguardar a nuestros relevos, El Teniente Rodolfo Perciacanto, Comandante de la aeronave

decidió que lo hiciéramos nosotros en lugar de avisarles a nuestros relevos que pronto debían reemplazarnos. El Suboficial Luis González formaba parte de la tripulación, como mecánico de vuelo.

Nos cruzamos en vuelo con el otro helicóptero, anavizamos en el ARA Hércules y aprovechamos el tiempo para hacer combustible. Cuando nos confirmaron que el otro WG13 estaba listo a despegar, nos dieron cubierta libre y salimos. Esta vez, Perciacanto me dejó sentarme en el lado derecho de la aeronave, que es el puesto del comandante, mientras él cumplía las funciones de copiloto.

Rápidamente alcanzamos los 500 pies de altura, nivelamos y pusimos rumbo al ARA Santísima Trinidad. A los pocos minutos, vimos que los indicadores de presión de aceite oscilaban y casi instantáneamente el indicador de torque de un motor bajaba, mientras el indicador de la otra turbina asumía el 100% de la potencia. Teníamos una emergencia importante: detención de un motor en vuelo.

Casi inmediatamente escuchamos un fuerte ruido y un humo espeso invadió la cabina, dejándonos prácticamente ciegos. No sólo no podía ver el tablero de instrumentos, sino que no veía mis manos y menos a Perciacanto. Escuché su voz diciéndome "yo lo tengo" y se hizo cargo de los comandos de vuelo.

Después nos enteramos que estábamos volando con fuego en uno de los motores, como consecuencia de la rotura de un cojinete de bancada. Eso hizo que la turbina tuviera una detención brusca con corte de todos los circuitos de aceite, hidráulico y combustible. Esos elementos en contacto con la alta temperatura se quemaron y produjeron el fuego. Debajo de la cama de turbinas había un compartimento de carga. El humo, forzado por el rotor principal, tomó un camino descendente e ingresó a la cabina de vuelo a través del mamparo que la separaba del compartimento de carga.

El humo era denso y nos costaba respirar. El suboficial González abrió una de las puertas corredizas traseras para tratar de disiparlo, pero no sirvió.

Necesitaba aire fresco. Abrí mi ventanilla y asomé parte de mi cabeza para que mis pulmones recibieran el tan necesario oxígeno. Grande fue mi sorpresa cuando vi que el helicóptero estaba realizando un descenso con giro hacia la derecha. Le advertí a Perciacanto lo que estaba haciendo -teníamos en cuenta que él volaba sin referencias de ningún tipo y respirando ese humo espantoso- y trató de enderezarlo y bajarle velocidad.

Mantuve mi cabeza afuera hasta pocos segundos antes de golpear la superficie del mar y gritarles a mis compañeros que estábamos por chocar. Cerré mis ojos y un chorro de agua muy fría ingresó por la ventanilla. Sentí sacudidas fuertes, algunos ruidos y de repente, silencio absoluto.

Debido al entrenamiento que teníamos, y las numerosas prácticas realizadas, comprendí que estaba bajo el agua e invertido. El helicóptero tenía el piso hacia la superficie. Gracias a ese entrenamiento, la situación era familiar y sabía lo que tenía que hacer.

Mi preocupación primaria era que la aeronave no se hundiera en forma inmediata. Esos helicópteros contaban con flotadores de emergencia que se activaban en forma manual o por impacto. Desconocía si se había abierto o no. También estaba preocupado por no quedarme enganchado con algo que me arrastrara hacia el fondo y finalmente, como teníamos una bomba de profundidad y un torpedo armado y con seguro, en ese momento de incertidumbre no sabía la situación del armamento.

Mi cabeza funcionaba a mucha velocidad. Todos mis pensamientos eran de microsegundos y los acontecimientos que estoy relatando que parecen una eternidad, en realidad podrían medirse con segundos, solamente.

Decidí salir por mi puerta. Intenté abrirla en emergencia a través de un dispositivo diseñado para tal fin, pero no lo logré. Tampoco pude abrirla en forma normal. Miré hacia atrás y noté un lugar con un poco de claridad, me quité el cinturón de seguridad y nadé hacia ese lugar. Siempre mi cabeza daba vueltas el tema del hundimiento del helicóptero.

Cuando estaba saliendo, sentí que mi pie se trababa con algo. Mientras nadaba hacia arriba, con el otro, golpeaba sin cesar lo que me trataba de retener. Finalmente llegué a la superficie del mar y casi inmediatamente a mi lado el suboficial González.

Resulta que cuando el mecánico abrió la puerta trasera, se quedó al lado para tratar de respirar. El helicóptero chocó girando por derecha y volcó hacia ese lado y quedó con el rotor principal apuntando al fondo del mar. González, desorientado, cuando el Sea Lynx se quedó quieto, quiso salir por el lado que él suponía que había abierto, sin percatarse que la aeronave se había dado vuelta. Luego de varios intentos de tratar de salir y encontrar la puerta cerrada y al borde de la desesperación, vio pasar un par de pies nadando y se aferró a uno de ellos (el mío) y salimos prácticamente juntos. Debo aclarar que en ese entonces pesaba unos 80 kilos y era muy flaco, mientras que el mecánico era un poco más grande que yo. ¡La adrenalina del momento me permitió que lo pudiera arrastrar sin problemas!

En superficie abrí mi chaleco de supervivencia y nos juntamos con González para no separarnos. Inmediatamente vi a mi derecha a Perciacanto que estaba nadando en plancha muy tranquilo. Me miró como diciéndome "tardaste un poco" y nos preguntó si estábamos bien.

También vi parte del Sea Lynx. La cabina estaba bajo el agua y apenas sobresalía parte de la cola. Uno de los flotadores estaba abierto y distinguí la parte posterior del torpedo. El helicóptero había cumplido con su misión de permanecer en superficie y permitirnos salir.

Al poco tiempo, el otro helicóptero con el Teniente Espilondo nos sobrevoló. Le hicimos señas que estábamos bien y nos arrojó un bote salvavidas que cayó muy cerca de donde estaba. "Me salvé del accidente, me salvé de no hundirme; lo único que falta es que me mate un bote arrojado desde el aire" pensé. Me acerqué al bote, intenté abrirlo y fue tanta la fuerza que hice que lo único que logré fue que el bote se alejara sin poder abrirlo ni alcanzarlo. Ironía del destino.

Vimos en el horizonte a uno de los buques, que finalmente se puso a nuestro lado. Con nuestros pies apoyados en el casco, esperamos que arriaran una embarcación y a través de ella nos subieron a bordo. De allí rápidamente a enfermería. Nos quitaron la ropa y a la ducha. De agua fría a la caliente para que el cuerpo no tomara frío y a una camilla, cubierto de mantas. Ese era

el momento más peligroso, porque la adrenalina deja de actuar y el cuerpo puede entrar en hipotermia. Recuerdo estar sacudiéndome en la camilla sin poder controlarme.

Al poco tiempo apareció el Capitán Chaluleu para ver como estábamos. La situación era casi una comedia porque parecía que él había sufrido un accidente y no nosotros. Lo consolábamos y le decíamos que no se preocupara. Recuerdo que estaba muy pálido y le costaba asimilar la situación. Nosotros estábamos un poco más acostumbrados a este tipo de eventos.

La vida quiso que con el Capitán Chaluleu nos cruzáramos en varias oportunidades y ya, como civiles, hicimos algunos trabajos juntos. Una excelente persona y brillante profesional. Siempre que tenía la oportunidad recordaba ese accidente y me decía "Uds. me hicieron envejecer veinte años". Lamentablemente falleció hace unos años. Mi recuerdo permanente.

No quisiera dejar de recordar también a mi querido amigo Perciacanto, que más allá de haber sido mi superior y mi Comandante de Escuadrilla, algunos años más tarde, siempre tuvo un trato preferencial hacia mi persona y familia. Terminamos siendo excelentes amigos junto con su esposa María Angélica. Rodolfo falleció también hace algunos años, víctima de una enfermedad, aguardando su viaje a París como Agregado Naval. Destino que siempre soñó y que Dios no quiso que fuera. Mi eterno recuerdo a Rodolfo y su familia.

Luego de pasar por enfermería nos fuimos a la cámara de oficiales para intercambiar vivencias con mi comandante y la gente del buque. El oficial de guardia en el puente de mando estaba casi al borde del colapso. Él había visto como primero el humo y luego el fuego, formaban parte del helicóptero. Fue testigo de cómo impactamos en el agua y fue el protagonista de nuestro rescate. Lamentablemente no recuerdo su nombre, ya que merecería ser mencionado.

A los pocos días nos evacuaron con el otro helicóptero a nuestra Base, para realizarnos un estudio médico completo e inspeccionar el helicóptero para asegurarnos que no tuviéramos otro evento similar. No sabíamos que es lo que había pasado y el helicóptero accidentado yacía en el fondo del mar. Semanas más tarde fue rescatado y trasladado para su examen e investigación del accidente.

El destino quiso que la historia casi se repitiera de nuevo. Pero eso sigue en el próximo relato.